

acercó al mayordomo, y viéndole muerto le cerró los ojos. Ayudado de su hijo unció una carreta, colocó en ella el cadáver y lo condujo á la casa del dueño.

Al saber éste toda la historia, eximió á los labradores del trabajo en aquellas fiestas, y entonces comprendieron los mujiks que no es en la venganza sino en la mansedumbre donde reside la omnipotencia de Dios.

DIOS Y EL DIABLO

DIOS Y EL DIABLO

Hubo en otro tiempo un buen amo que poseía muchos bienes y era servido por numerosos esclavos.

Estos alababan á su dueño diciendo :

— No hay bajo el cielo mejor amo que el nuestro. Nos da de comer, nos proporciona buenos vestidos y nos hace trabajar en la medida de nuestras fuerzas. Jamás nos dirige una palabra desagradable y nunca nos guarda rencor. En nada se parece á los demás amos, que tratan á sus esclavos peor que á bestias, les castigan sin razón y jamás tienen una palabra cariñosa que decirles. Sería imposible hallar nada mejor.

El diablo estaba furioso de que viviesen en tan buen acuerdo amo y esclavos. Así fué que se apoderó de uno de éstos, llamado Aleb, y cuando le

hubo poseído le mandó que indujese al mal á sus compañeros.

Un día en que los esclavos reposaban y alababan á su dueño, Aleb levantó la voz y dijo:

— Hacéis mal en elogiar, hermanos míos, la bondad de vuestro amo; haciendo cuanto él quiere, el propio diablo sería bueno. Nosotros servimos bien á nuestro amo, le obedecemos en todo; apenas piensa una cosa cuando la ejecutamos, adelantándonos á sus menores deseos. ¿Cómo no habría de ser bueno para con nosotros? Pero si cambiásemos de conducta, si nos portásemos mal, de seguro que se haría como los otros y con su maldad nos haría tal vez sufrir más que los amos de más duro corazón.

Se entabló un debate entre Aleb y los restantes esclavos, llegando hasta hacer una apuesta. Aleb afirmó que haría encolerizarse al buen amo y estipuló que si no lo lograba perdería sus vestidos de fiesta, pero que, si ganaba, todos los demás le darían los suyos. Los esclavos le prometieron además defenderle contra el amo y hasta libertarle si se le ponía en la barra ó en la prisión. La apuesta quedó firme, y Aleb anunció que haría encolerizarse al amo á la mañana siguiente.

Aleb estaba destinado á la guarda de los rediles. Él era quien cuidaba los carneros de raza. Aquella

mañana, como el buen amo penetrase con visitantes en el corral para enseñarles sus carneros favoritos, el esclavo del diablo hizo seña á sus camaradas como diciéndoles:

— Estad atentos, que voy á hacer que monte en cólera.

Los esclavos acudieron y miraron, quién por las puertas, quién por los huecos de la empalizada, y el diablo se encaramó sobre un árbol para ver mejor cómo su esclavo iba á trabajar para él.

Después de haber paseado durante un momento á sus huéspedes por el corral, luego de haberles mostrado sus carneros y sus ovejas, el buen amo quiso hacerles ver su más hermoso carnero. Como éste se detuviera en aquel instante, el poseído, fingiendo hacerlo sin intención, asustó á todo el rebaño; se originó con esto una confusión, y los visitantes no pudieron ver al precioso animal. El amo sintió por esto algún disgusto, y dijo:

— Aleb, querido amigo, hazme el favor de coger con dulzura á mi carnero preferido y retenle.

Apenas hubo dicho esto cuando Aleb se lanzó como un león entre el rebaño y agarró con una mano por la lana al carnero, y luego, aferrándole con la otra por la pata izquierda, le torció brusca-mente el pie, que crugió, ante la mirada atónita del

dueño. Aleb había roto al carnero la pata por debajo de la rodilla. El pobre animalito comenzó á balar de dolor y cayó de bruces. Aleb le cogió entonces la pata derecha, y la izquierda colgaba inerte como un látigo.

Los visitantes y los esclavos todos prorrumpieron en gritos, y el diablo, viendo cómo Aleb llevaba el asunto, se alegró extraordinariamente.

El amo se puso más negro que la noche: triste, muy triste, pero bajó la cerviz y no dijo palabra.

Los huéspedes y los esclavos callaban, preguntándose qué iba á pasar.

Permaneció el amo silencioso; luego, estremeciéndose, como si hubiera querido sacudir de sus hombros un fardo molesto, levantó la cabeza y miró al cielo.

No estuvo así mucho tiempo. Las arrugas de su rostro se borraron, sonrió, y fijando su vista sobre Aleb, le dijo:

— ¡Oh, Aleb, Aleb! Tu amo te ha mandado que me encolerices, pero el mío es más poderoso que el tuyo y no has logrado enfadarme: soy yo, por el contrario, el que voy á poner furioso á tu dueño... Tú temes que te castigue y has querido ser libre; pues bien: no serás castigado, y puesto que quieres a li bertad, yo te la otorgo en presencia de mis

huéspedes. Vete donde quieras y llévate tus trajes de fiesta.

Y el buen amo volvió á sus habitaciones con sus huéspedes, y el diablo, rechinando los dientes, cayó del árbol y se hundió en el abismo.

EL ORO Y LOS DOS HERMANOS

EL ORO Y LOS DOS HERMANOS

En otro tiempo vivían dos hermanos no lejos de Jerusalén. El mayor se llamaba Afanassi y el menor Johan.

Vivían en la montaña no lejos de la ciudad y se alimentaban de lo que las gentes les daban de limosna.

Sus jornadas las pasaban en trabajar, no para ellos sino para los pobres.

Dondequiera que hubiese personas recargadas de labor, enfermos que cuidar, viudas y huérfanos que atender, allí estaban los dos hermanos demostrando su caridad y no aceptando nada en cambio de sus desvelos.

Así pasaban la semana cada cual por su lado y sólo se reunían el sábado por la noche en su habitación. No vivían juntos más que el domingo, rogando á Dios y atendiéndose mutuamente, y el ángel del Señor bajaba sobre ellos y les bendecía. Al

llegar el lunes cada uno marchaba adonde la caridad le llamaba.

Así vivieron los dos hermanos durante muchos años, y todos los sábados el ángel del Señor seguía bendiciéndoles.

Un lunes y en ocasión en que ya había partido cada cual por su lado y estaban distantes uno de otro, Afanassi se sintió de pronto afligido por haberse separado de su hermano.

Se detuvo y volvió el rostro. Johan caminaba con la cabeza baja y sin mirar atrás. De pronto se detuvo como si hubiera visto algo que le llamase vivamente la atención, y miró fijamente de aquel lado. Después se acercó á lo que miraba, dió un salto, descendió á la carrera la montaña y remontó la otra vertiente, muy lejos del sitio en donde se hubiera dicho que había encontrado una bestia feroz que trataba de devorarle.

Afanassi, muy intrigado por aquella escena, volvió sobre sus pasos para ver de cerca lo que había causado en su hermano espanto tan intenso. A medida que se aproximaba veía á lo lejos algo que brillaba al sol, y cuando estuvo cerca, vió que había un montón de oro sobre la hierba.

Afanassi se admiró aún más, tanto del hallazgo como de la fuga de su hermano.

— ¿Por qué habrá tenido miedo? ¿Por qué ha echado á correr? — se preguntaba Afanassi. — No hay pecado en el oro: el pecado está en el hombre. Si el oro puede causar el mal, también puede dar origen al bien. ¡Cuántos huérfanos y viudas pueden socorrerse con este oro! ¡Cuántos enfermos podrán deberle su curación y cuántos desvalidos la desaparición de la miseria! Nosotros ayudamos á los desgraciados, pero nuestro socorro es poca cosa, porque los recursos con que contamos son insignificantes, mientras que con este oro podríamos ayudar eficazmente á los pobres.

Así pensaba Afanassi. Quiso decírselo á su hermano; pero Johan estaba ya fuera del alcance de su voz y sólo le veía á lo lejos, sobre la otra vertiente, del tamaño de un insecto minúsculo.

Afanassi, quitándose la ropa, envolvió en ella todo el oro que pudo contener: cargóse el bulto al hombro y lo llevó á la ciudad. Entró en una posada, confió el oro al posadero y volvió por el resto.

Cuando se lo hubo llevado todo fué á casa de un comerciante, compró terrenos, piedra y madera, tomó obreros y se puso á edificar tres casas. Durante tres meses permaneció en la ciudad y terminó en ese tiempo los tres edificios destinados á recoger á los huérfanos y viudas, á dar asilo á los enfermos y

á refugiar á los peregrinos y mendigos. Encontró tres venerables sacerdotes, que se hicieron cargo respectivamente del orfelinato, del hospital y del asilo, y como aún le quedaban tres mil monedas de oro, dió mil á cada sacerdote para distribuir las entre los pobres.

Las tres casas se llenaron muy pronto de gentes que alababan á Afanassi y le daban gracias por lo que había hecho y él experimentaba por ello tal contento que no se decidía á dejar la ciudad; mas se acordó de su hermano, á quien tanto amaba, y luego de despedirse de todo el mundo, sin haberse quedado ni con una sola moneda y vestido con las mismas ropas que cuando vino, emprendió el regreso á su antiguo hogar.

Cuando ya estaba cerca de la montaña pensó :

— Mi hermano hizo mal en huir del montón de oro. ¿No he procedido yo mejor que él?

Pero apenas hubo cruzado por su mente aquel pensamiento, vió aparecer en el camino al mismo ángel que venía de ordinario á bendecirles : su mirada era severa.

Afanassi palideció y dijo solamente :

— ¿Por qué, Señor?...

El ángel abrió la boca y dijo :

— ¡Vete de aquí! No eres digno de vivir con tu

hermano : uno solo de sus actos vale más que todo cuanto tú has hecho con tu oro.

Afanassi le hizo entonces la cuenta de los pobres y de los peregrinos que había alimentado y de los huérfanos que había socorrido, pero el ángel le dijo :

— El diablo ha sido quien ha puesto ese oro en tu camino para seducirte y él es quien te ha inspirado esas palabras.

Entonces la conciencia comenzó á argüir á Afanassi ; comprendió que no había obrado por Dios y deshecho en lágrimas se arrepintió.

Entonces el ángel le franqueó el camino adonde le aguardaba su hermano.

Y desde entonces no se deja ya seducir Afanassi por el diablo y su oro, y reconoce que no es con el dinero sino con el trabajo como se puede servir á Dios y á los hombres.

Y los dos hermanos siguieron viviendo como antes.

ILIAS

ILIAS

Había en el gobierno de Ufim un joven llamado Ilias. Apenas haría un año que se había casado cuando murió su padre sin dejarle gran cosa por herencia.

Siete yeguas, dos vacas y veinte carneros componían toda su fortuna ; pero era un mozo económico y laborioso, y no tardó en aumentar su patrimonio. Trabajaba desde por la mañana hasta la noche, ayudado de su esposa. Era el primero en levantarse y el último que se acostaba. De esta suerte su fortuna iba en aumento.

Ilias vivió así trabajando durante treinta y cinco años y llegó á reunir cuantiosas riquezas. Poseía doscientas cabezas de ganado caballar, ciento cincuenta de ganado vacuno y mil doscientos carneros. Numerosos pastores apacentaban sus rebaños, y las

criadas ordeñaban á yeguas y vacas, y preparaban el kumiss (1), la manteca y el queso.

Todo estaba en abundancia en casa de Ilias, por lo cual las gentes del país le envidiaban, y hasta solían decir:

— ¡Qué dichoso es este Ilias! Tiene bienes de sobra y no necesita ciertamente morir para estar en el Paraíso.

Las buenas gentes buscaban su amistad, y él en cambio, acogía bien á todo el mundo y á todos agasajaba, dándoles de comer y de beber. A cualquiera que se presentaba en su casa le hacía servir kumiss, te y carne. ¿Llegaba un visitante? Mataba uno ó dos carneros, y si venían varios hasta sacrificaba una yegua.

Ilias tenía dos hijos y una hija. Mientras fué pobre, sus hijos le ayudaban en sus faenas y hasta guardaban los rebaños, pero, cuando llegaron á ricos, los varones comenzaron á divertirse y hasta uno de ellos bebía con exceso.

El mayor fué muerto en una riña: el otro, casado con una mujer orgullosa, dejó, por sus consejos, de atender á su padre, y éste se vió obligado á sepa-

(1) Bebida fermentada que se prepara con leche de yegua y levadura.

rarse de él, dándole una casa con ganado y disminuyendo así Ilias su riqueza.

Poco después, una epidemia se declaró entre los carneros y éstos perecieron en gran número.

Vino después un año de hambre; las praderas no daban bastante heno, y durante el invierno mucho ganado sucumbió, y para colmo de desgracia, los kirghis (1) se apoderaron luego de una gran parte de las tierras de Ilias, cuya fortuna iba disminuyendo de este modo rápidamente.

Sus riquezas desaparecían al mismo tiempo que sus fuerzas, tanto que á los setenta años se vió obligado á vender sus pieles, sus tapices, sus sillas de montar y sus carruajes. De todo tuvo que desprenderse, hasta de su última cabeza de ganado, y se encontró en la miseria sin saber cómo.

Así fué, que en los últimos años de su vida tuvo que ir con su esposa á servir á los demás, para poder vivir.

De su antigua riqueza sólo le quedaba el traje que llevaba puesto, una chuba (1), un gorro y un par de zapatos. Su mujer, Scham-Schemaghi, era no menos vieja que él.

(1) Pueblo de raza tártara.

(1) Piel.

Su hijo había partido á países remotos; su hija había muerto: nadie, pues, había que viniera en su socorro.

Su vecino, Mukhamed-Schad, ni pobre ni rico, llevaba la vida uniforme de un buen hombre. Recordó la hospitalidad de Ilias, tuvo compasión de él y le dijo:

— Ven á mi casa y vivirás en ella con tu esposa. En verano trabajarás para mí: en invierno darás de comer al ganado y tu esposa ordeñará las yeguas y hará el kumiss. Yo os daré de comer, os vestiré á los dos y de nada careceréis.

Ilias dió las gracias á su vecino y se fué á vivir con su mujer al servicio de Mukhamed-Schad.

Al principio el trabajo les pareció penoso, mas pronto se acostumbraron esforzándose en cumplir con su deber.

El amo se felicitó de haber tomado tales servidores, porque los ancianos, como habían sido amos en otro tiempo, desempeñaban admirablemente las funciones de la casa, desplegando en ello un celo extraordinario. Mukhamed-Schad sentía profunda compasión al verlos víctimas de un tan radical cambio de fortuna.

Ocurrió un día que vinieron de muy lejos á visitar á Mukhamed unos parientes suyos. Entre ellos

había un molah (1), el cual ordenó que se sacrificara un carnero. Ilias mató uno, le hizo cocer y lo envió á los huéspedes de su amo.

Éstos comieron el carnero y después tomaron te y kumiss. Sentados sobre edredones y tapices bebían y charlaban.

En este momento pasó ante la puerta Ilias, que había terminado su trabajo. Mukhamed le vió y dijo á uno de sus huéspedes:

— ¿Has visto al viejo que acaba de pasar?

— Sí; lo he visto — repuso el interpelado. — ¿Qué tiene de particular?

— Te lo diré. Era el más rico del país; se llama Ilias y, tal vez, hayas oído hablar de él.

¡Cómo! — exclamó el otro. — Yo no le conocía personalmente, pero su fama llegaba hasta muy lejos.

— Pues bien: ahora no posee nada. Vive en mi casa, como criado, y su esposa ordeña mis yeguas.

El interlocutor, sorprendido, hizo chascar su lengua y meneó con aire pensativo la cabeza.

— Así sucede: la fortuna gira como una rueda y eleva á uno y hace descender á otro... Y bien — continuó el huésped, — ¿les aflige su nuevo estado?

(1) Dignidad sacerdotal musulmana.

— ¿Quién lo sabe? Vive apaciblemente, y trabaja bien.

— ¿Me permites que le hable? — repuso el visitante. — ¿Me dejas que le interrogue acerca de su vida?

— ¿Por qué no? — dijo el amo de la casa.

Acto seguido se asomó á la puerta y gritó:

— ¡Babaï! (es decir, abuelito, en baschhir). ¡Ven á beber kumiss con nosotros y trae contigo á Scham-Schemaghi!

Ilias entró acompañado de su esposa: saludaron al amo y á los huéspedes, y luego Ilias rezó la plegaria y se sentó junto á la puerta mientras su esposa pasaba por detrás de la cortina y se sentaba junto á la dueña de la casa.

Se alargó una taza de kumiss á Ilias, el cual se inclinó, bebió un trago y dejó la taza.

— Y bien, abuelito — le dijo el huésped, — me parece que debe apenarte vernos y pensar en tu vida pasada, comparando tu dicha de otro tiempo con la vida desolada que llevas ahora.

Ilias repuso sonriendo:

— Si yo mismo hablase de mi dicha ó mi desgracia, tal vez no me creerías, pero interroga á mi mujer, que es franca y sincera como nadie y te dirá la verdad.

El huésped entonces gritó á través de la cortina que separaba á los invitados de la esposa de Ilias:

— ¡Abuelita! ¿qué piensas de tu dicha pasada y de tu desgracia presente?

Scham-Schemaghi respondió desde detrás de la cortina:

— He aquí lo que pienso: hemos vivido cincuenta años mi viejecito y yo buscando la felicidad sin haberla encontrado. Sólo desde hace dos años, cuando no poseemos nada y vivimos de lo que otros nos da, hemos encontrado la verdadera dicha. No deseamos otra en la tierra.

Los huéspedes y el amo quedaron admirados. Este último se levantó y apartó la cortina para ver á la viejecita, y la halló de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y sonriendo al ver al fiel compañero de su vida, y éste contestaba con otra sonrisa á la de su esposa.

La anciana continuó:

— He dicho la verdad. Durante medio siglo hemos buscado la dicha: cuando éramos ricos no la hemos encontrado, y ahora que no nos queda nada y vivimos en casa ajena, hemos hallado la felicidad y nada deseamos.

— ¿En qué consiste la dicha de que gozáis actualmente?

— Verás: éramos ricos y no teníamos entonces ni mi marido ni yo un momento de sosiego. No podíamos ni conversar tranquilamente, ni pensar en nuestra salvación, ni rogar á Dios. ¡Qué de cuidados! ¡Qué de preocupaciones! Apenas llegaba un huésped, todo se nos volvía decir:

— ¿Qué habrá que prepararle? ¿Qué regalo hacerle para que lleve buena opinión de nosotros?

Luego, una vez que el huésped se iba, era preciso vigilar á nuestras gentes, siempre inclinadas á perder el tiempo y á comer bien, y tratábamos de que no se despilfarrasen nuestros bienes, y he aquí un pecado. Otras veces temíamos que el lobo nos arrebatase un potro ó un ternero, ó que los ladrones nos robasen. Ya acostados, casi no dormíamos: ¡con tal que los carneros no aplasten á los corderillos! pensábamos. Este temor nos hacía levantar, é íbamos á ver si era fundado nuestro miedo. Apenas tranquilos por esa parte, otras preocupaciones nos asaltaban. ¿Cómo hacer las provisiones de invierno para el ganado? Y otras cosas por el estilo. No éramos siempre del mismo parecer mi esposo y yo: él quería hacer esto y yo aquello: he aquí otro pecado, y así íbamos, de una preocupación en otra, de un pecado en otro, y nuestra vida no era feliz.

— ¿Y ahora?

— Ahora nos levantamos siempre de acuerdo mi viejecito y yo. Ni discusión ni inquietudes. Sólo tenemos un cuidado: el de servir al amo. Trabajamos con arreglo á nuestras fuerzas, y lo hacemos con gusto, á fin de que las cosas resulten en provecho y no en daño de nuestro patrón. Llegamos y nos encontramos que el kumiss está dispuesto y la comida servida. Si hace frío tenemos fuego, trajes de abrigo, y podemos conversar á nuestro gusto, pensar en la salvación de nuestra alma y rogar á Dios.

Desde hace cincuenta años — repito — estamos buscando la felicidad y hasta ahora no la habíamos encontrado.

Los huéspedes rieron, pero Ilias les dijo:

— No os riáis, hermanos míos, esto no es una broma; esto es sencillamente toda la vida del hombre. Bien necios éramos antes mi mujer y yo al llorar la pérdida de nuestras riquezas; pero ahora Dios nos ha descubierto la verdad y no por nuestro gusto sino por vuestro bien es por lo que os la revelamos á vosotros.

El molah dijo:

— Esas palabras están llenas de prudencia. Ilias os ha dicho la verdad. Así está escrito en el Corán.

Y los huéspedes cesaron de reir y quedaron pensativos.